

« He sacado mucho provecho de lo que me dijiste. Conozco á los que me son fieles : conozco á los que lo son para ti. Chicot te explicará lo demás. »

— Y ahora, amigo Chicot, — dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque ¡ Dios me perdone ! estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho, si no leyera en tus ojos que te negarías á tomarla ; pero hé aquí mi sortija, Chicot ; tómalala, pues lo exijo, y vete, supuesto que no te detengo más : vete, vete á Francia, en cuya corte excitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres días en persuadirse que no era un sueño cuanto le había pasado, del cual no despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba el señor de Joyeuse magníficas serenatas.

XVI.

De lo que pasaba en el Louvre casi al mismo tiempo que Chicot entraba en la ciudad de Nerac.

La necesidad en que nos hemos hallado de seguir á nuestro amigo Chicot hasta el fin de su espinosa comisión, nos ha distraído largo tiempo, y por ello pedimos mil perdones á nuestros lectores, separados del palacio del Louvre.

Sin embargo, no sería justo que olvidásemos por más tiempo los detalles de la empresa de Vincennes, y la persona que había sido el objeto de ella.

Después de haber pasado el rey delante del peligro con tanto valor, había experimentado esa emoción retrospectiva que se apodera de los más animosos corazones una vez que ya se ha pasado el peligro. El rey, pues, entró en el Louvre sin decir nada. Rezó sus oraciones con mayor detención que de costumbre, y una vez entregado á Dios, se había olvidado de dar gracias á los oficiales tan vigilantes, y á los guardias tan decididos que le habían ayudado á salir del peligro. En seguida se acostó dejando admirados á sus pajes de la prontitud con que se desnudó. Se diría que tenía necesidad de dormir para tener al día siguiente sus ideas más frescas y lúcidas.

Así, de Epernón, que permaneció el último en el cuarto del rey, esperando siempre una expresión de gratitud, salió de allí con muy mal humor, viendo que aquella expresión no se pronunciaba.

Y Loignac, en pie, detrás de la mampara de terciopelo, viendo que de Epernón pasaba sin decir una sola palabra, se volvió bruscamente hacia los Cuarenta y Cinco, y les dijo :

— Señores, el rey no tiene ya necesidad de vuestros servicios : á descansar.

Á las dos de la mañana todos dormían en el palacio del Louvre.

El secreto de la aventura había sido felizmente guardado, y no se había transpirado por ninguna parte. Los buenos ciudadanos de París roncaban, pues, pacíficamente, sin imaginarse siquiera que habían estado á punto de despertarse con la novedad del advenimiento al trono de una nueva dinastía.

El señor de Epernón mandó que le quitasen las botas sin tardanza, y en vez de rondar por la ciudad, según su costumbre, acompañado de treinta ó cuarenta caballeros, siguió el ejemplo que acababa de darle su amo, metiéndose en la cama sin pronunciar una palabra.

Pero Loignac que, semejante al *justum et tenacem* de Horacio, no olvidaba sus deberes aunque se hundiese el mundo entero, visitó los cuerpos que ocupaban los Suizos y los guardias franceses, cuerpos que hacían el servicio con regularidad, pero sin exceso de celo.

Aquella noche se castigaron como faltas graves tres ligeras infracciones de las leyes de disciplina.

Al día siguiente, Enrique, cuya hora de levan-

tarse esperaban tantos con impaciencia, para saber á qué atenerse sobre lo que podían esperar de él, tomó cuatro caldos en su cama, en vez de dos, como lo hacía de ordinario, y mandó avisar á M. d'O y á M. de Villequier que viniesen á trabajar á su cámara en la redacción de un nuevo edicto sobre contribuciones.

La reina supo que debía comer sola; pero habiendo manifestado por conducto de un gentil hombre que la salud de S. M. la tenía con cuidado, se dignó contestar Enrique que recibiría por la noche á las damas y haría colación en su gabinete.

La misma respuesta obtuvo otro gentil hombre de la reina madre, que, aunque retirada hacía dos años en su palacio de Soissons, enviaba todos los días á saber de su hijo.

Los señores secretarios de Estado se miraron con inquietud, porque el rey estaba tan distraído y ensimismado que las enormes exacciones propuestas por sus ministros no le arrancaron una sonrisa.

Ya se sabe que la distracción de un rey es una incertidumbre terrible para sus consejeros.

Pero, por otra parte, el rey se divertía mucho

con master Love, diciéndole, cuando el animal apretaba los afilados dedos de S. M. entre sus blancos dientecillos:

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ Rebelde ! ¡ También tú quieres morderme, bribón ? Perrillo traidor, ¿ también te vuelves contra tu amo ? ¡ Qué es esto ? Parece que todos se conjuran...

Y en seguida, haciendo tantos esfuerzos aparentes como los que empleó en realidad Hércules, hijo de Alcmena, para domar al león Nemeo, sujetaba á aquel monstruo tan grande como el puño, añadiendo con indecible satisfacción:

— ¡ Vencido, master Love ! ¡ Vencido, infame secuaz de la Liga ! ¡ Vencido ! ¡ Vencido ! ¡ Vencido !!!

Esto fué lo único que los ministros d'O y Villequier, hábiles diplomáticos, que creían advinar todos los secretos humanos, pudieron conseguir del rey, que permaneció silencioso con todos menos con master Love.

Tuvo que firmar y firmó: tuvo que escuchar y escuchó cerrando los ojos con tanta naturalidad que era imposible conocer si efectivamente escuchaba ó dormía.

Por último, dieron las tres de la tarde y Enrique mandó llamar al duque de Eperón.

Dijéronle que estaba pasando revista á la caballería ligera, y en vista de esto hizo que avisasen á Loignae, pero éste se ocupaba á la sazón en adiestrar caballos limosinos.

Todos esperaban una explosión de cólera al ver que el rey no podía hacer cumplir su voluntad, pero nada sucedió, y Enrique, contra lo que todos temían, se puso á silbar con el mayor desenfado una tocata de caza, distracción á que solo se entregaba cuando estaba muy satisfecho de sí mismo.

Era, pues, evidente que todo el empeño que el rey había manifestado en callar hasta entonces, se cambiaba en una comezón creciente é insoponible de hablar.

Dicha començon se convirtió de allí á poco en una necesidad irresistible, pero al verse solo tuvo que hablar consigo mismo.

Pidió un refrigerio que le servía de merienda, y mientras lo saboreaba ordenó que le leyesen una obra edificante; pero á poco rato interrumpió al lector para decirle:

— ¿No fué Plutarco el que escribió la vida de Sila?

El lector, que tenía delante un libro sagrado y que se veía precisado á responder á una pregunta profana, miró al rey con asombro, pero Enrique volvió á repetir las mismas palabras.

— Sí, señor, — contestó el lector.

— ¿Os acordáis del pasaje en que cuenta el historiador que el dictador evitó la muerte?

El lector se puso á pensar.

— Á punto fijo no, señor, — dijo al fin, — pues hace mucho tiempo que no leo á Plutarco.

En aquel instante anunciaron á S. Em. el cardenal de Joyeuse.

— ¡Ah! Me alegro, — exclamó el rey; — hé aquí un hombre sabio, un amigo que no tardará en sacarnos de dudas.

— Señor, — dijo el cardenal, — ¿tendré acaso la felicidad de llegar á propósito? Esto es muy raro en el mundo.

— Á fe mía que sí. ¿Habéis oído mi pregunta?

— V. M., según creo, preguntaba ¿de qué modo y en qué circunstancias se libró de la muerte el dictador Sila?

— Eso es. ¿Y podéis contestarme, cardenal?

— Nada es más fácil, señor.

— Veamos, pues.

— Sila, que hizo matar tantos hombres, solo arriesgó su vida en los combates: supongo que V. M. aludía á una batalla...

— Sí, y creo que en una batalla tuvo á la muerte á cuatro pasos. Abrid el Plutarco, cardenal, ahí debe haber uno traducido por ese buen Amyot, y leedme ese pasaje de la vida del romano que se libró por la ligereza de su caballo de los dardos enemigos.

— Señor, para eso no necesitamos abrir el Plutarco: aconteció lo que decís en la batalla que dió á Teleserius el Samnita y á Lamponius el Lucano.

— Debéis saberlo perfectamente, mi querido cardenal, porque sois un pozo de ciencia.

— V. M. me honra más que merezco, — replicó el prelado inclinándose con respeto.

— Explicadme ahora, — prosiguió el rey después de una corta pausa, — por qué el león romano, que era tan cruel, nunca se vió acosado por sus enemigos.

— Señor, contestaré á V. M. con las mismas palabras de Plutarco.

— Contestad, Joyeuse, contestad.

— Carbón, enemigo implacable de Sila, decía á menudo:

« Tengo que combatir á un tiempo contra un
» león y contra un raposo que habitan en el alma
» de Sila; pero el raposo es el que da más cui-
» dado. »

— ¡Hola! ¡hola! — dijo Enrique pensativo. —
¿ Conque el raposo?

— Plutarco lo dice, señor.

— Y con mucha razón, cardenal. Pero á propósito de batallas, ¿ habéis tenido noticias de vuestro hermano?

— ¿ De cuál de ellos, señor? V. M. no ignora que tengo cuatro.

— Hablo del duque de Arques, de mi amigo.

— Todavía no, señor.

— Con tal que el duque de Anjou, que hasta ahora ha representado bien el papel de raposo, sepa desempeñar medianamente el de león...

El cardenal nada contestó á esta pulla, pues de nada le servía Plutarco en esta ocasión, y te-

mía, como diestro cortesano, responder de modo que desagradase al rey si defendía al duque de Anjou.

Viendo el rey que S. Em. guardaba silencio, volvió á sus juegos con master Love, y haciendo poco después una seña al cardenal para que se quedase, se levantó, vistióse con lujo y se dirigió al gabinete en donde ya le esperaba la corte.

En la corte, sobre todo, es donde se conoce con el mismo instinto que los montañeses la proximidad de la tempestad. Sin que nadie hubiese hablado aun, sin que ninguno hubiese visto al rey, todos estaban dispuestos según las circunstancias.

Las dos reinas estaban visiblemente inquietas.

Catalina, pálida é inquieta, saludaba mucho á todo el mundo, pero de una manera breve y seca.

Luisa de Vaudemont no miraba á nadie ni escuchaba nada.

Había momentos en que la pobre señora parecía que estaba á punto de perder la razón.

El rey entró.

Tenía la vista animada y el color muy subido: se podía leer en su rostro una apariencia de buen humor que produjo sobre todos los semblantes

tristes el efecto que produce el sol resplandeciente sobre los bosquecillos amarillentos á causa de la influencia del otoño.

Todo se doró y tomó el color de púrpura en el instante mismo de su aparición, todo brilló en fin.

Enrique besó la mano de su madre y la de su mujer, con la misma galantería que si fuera aun duque de Anjou. Dirigió á las damas mil cumplimientos lisonjeros, contra su costumbre, y aun les ofreció algunos dulces.

— Estábamos inquietos por tu salud, hijo mío, — dijo Catalina mirando al rey con atención particular, como para asegurarse que aquel color no era postizo, y que su buen humor no era una máscara.

— Mal hecho, señora, jamás me he encontrado mejor. — Y acompañó estas palabras con una sonrisa que se comunicó á todas las bocas.

— ¿Y á qué influencia debemos, hijo mío, — preguntó Catalina, — esta mejora en tu salud?

— Á que me he reído mucho, — respondió el rey.

Todos se miraron con una sorpresa tal, que

parecía que el rey acababa de decir un disparate.

— ¡ Reído mucho ? ¡ Tú puedes reír mucho ? — dijo Catalina con semblante austero, — entonces eres muy dichoso.

— Sin embargo yo soy así, señora, — contestó el rey.

— ¡ Y con qué motivo te has dejado llevar de semejante pasión ?

— Es preciso deciros, madre mía, que fui ayer al bosque de Vincennes.

— Ya lo he sabido.

— ¡ Ah ! ¡ lo habéis sabido ?

— Sí, hijo mío, todo cuanto te concierne me importa, no debe cogerte de nuevo.

— Sin duda que no ; como digo, fui al bosque de Vincennes, cuando mi descubierta de batidores, al tiempo que volvíamos, me hizo notar un ejército enemigo cuyos mosquetes brillaban sobre el camino.

— ¡ Un ejército enemigo en el camino de Vincennes ? — dijo Catalina.

— Sí, señora.

— ¡ Y dónde ?

— Enfrente de la piscina de los Dominicos, cerca de la casa de nuestra buena prima.

— ¡ Cerca de la casa de la señora de Montpensier ! exclamó Luisa de Vaudemont.

— Precisamente, sí, señora, cerca de Bel-Esbat ; me aproximo para comenzar la batalla, y percibo...

— Dios mío, continuad, señor, — dijo la reina verdaderamente inquieta.

— ¡ Oh ! Tranquilizaos, señora.

Catalina esperaba con ansiedad ; pero ni una palabra, ni un gesto demostraban su inquietud.

— Percibí, — continuó el rey, — una comunidad entera de frailes que me presentaban las armas con belicosas aclamaciones.

El cardenal de Joyeuse soltó la carcajada, y toda a corte siguió al momento esta manifestación.

— ¡ Oh ! — dijo el rey, — reíd, reíd, porque se hablará largo tiempo del asunto ; tengo en Francia más de diez mil frailes, de los que haré diez mil mosqueteros si tengo necesidad : entonces crearé una plaza de gran maestro de mosqueteros tonsurados de S. M. cristianísima, y os la daré, cardenal.

— Señor, yo la acepto, — respondió Joyeuse, — todos los servicios son buenos para mí, con tal que agraden á V. M.

Durante este corto coloquio del rey con el cardenal, se levantaron las damas, como lo prevenían las leyes de la etiqueta, y saludando al rey una á una fueron retirándose del gabinete, siguiéndolas la reina con sus damas de honor.

La reina madre permaneció sola, pues en aquella alegría desusada del rey existía un misterio que anhelaba profundizar.

— ¡ Ah, cardenal ! — dijo de pronto Enrique al prelado cuando éste se disponía á salir, pues conocía que la reina madre deseaba hablar á su hijo. — Decidme, ¿ qué se ha hecho vuestro hermano Bouchage ?

— Lo ignoro, señor.

— ¡ Cómo ! ¿ No lo sabéis ?

— No, señor, apenas le veo, ó por mejor decir, no le veo ya, — contestó el cardenal.

Un acento grave y triste resonó en el fondo del gabinete.

— Aquí estoy, señor, dijo la voz.

— ¡ Ah ! ¿ es él ! — exclamó Enrique : — acercaos, conde, acercaos.

El joven obedeció.

— ¡ Vive Dios ! — añadió el rey mirándole con asombro ; — á fe de caballero, ese no es un cuerpo, sino una sombra que se mueve.

— Señor, eso consiste en que trabaja mucho, — murmuró el cardenal, no pudiendo menos de admirarse del cambio que habían sufrido en ocho días las facciones de su hermano.

En efecto, del Bouchage estaba pálido como una estatua de cera, y su cuerpo cubierto de seda y de bordados participaba del perfil y de la desproporción que se nota en las sombras.

Venid aquí, joven, venid, — le dijo el rey. — Cardenal, os doy las gracias por vuestras citas de Plutarco, y me prometo recurrir á vos en ocasiones semejantes.

El cardenal adivinó que el rey quería quedarse solo con Enrique y se retiró al punto.

El rey le dejó salir mirándole de soslayo, y en seguida dirigió la vista hacia su madre, que permanecía inmóvil.

Solo estaban ya en el salón la reina madre, el

señor de Epernon, que la obsequiaba con notable galantería, y del Bouchage.

Al lado de la puerta se veía á Lóignac, semi-cortesano, semi-soldado, ocupándose de su servicio más que de otra cosa.

Sentóse el rey é hizo una seña á del Bouchage para que se acercase á él.

— Conde, — le dijo, — ¿por qué ocultaros así detrás de las damas? ¿No sabéis que me agrada mucho el veros?

— Vuestras palabras, señor, me honran infinito, — respondió el joven inclinándose con profundo respeto.

— ¿En qué consiste, pues, que no os vemos por el Louvre?

— ¿No me veis, señor?

— Ciertamente que no, y de eso mismo me quejaba al cardenal vuestro hermano, hombre mucho más sabio de lo que yo pensaba.

— Si V. M. no me ha visto, — dijo Enrique, — es porque no se ha dignado dirigir sus miradas hacia aquel rincón del gabinete. Señor, todos los días estoy en él cuando el rey se presenta, asisto con la misma regularidad á mi obligación cuando

el rey se levanta, y le saludo también con respetuoso homenaje cuando se retira del consejo. Nunca he faltado, nunca faltaré, mientras pueda tenerme de pies, al cumplimiento de estos deberes que son muy sagrados para mí.

— ¿Y sin duda por eso estás tan triste? — preguntó amistosamente el rey.

— ¡Oh! Me persuado de que V. M. no lo cree así.

— No, porque sé que tú y tu hermano me amáis.

— ¡Señor!

— Y yo tambien os amo. Á propósito, ¿sabes que el pobre Ana me ha escrito desde Dieppe?

— Lo ignoraba, señor.

— Ya, pero bien sabes que no se marchó muy contento.

— En efecto, me confesó el pesar que sentía en alejarse de Paris.

— Sí, pero también me dijo que había un hombre á quien hubiera causado mayor sentimiento el salir de la capital, y que si tú hubieras recibido semejante orden serías muerto.

— Tal vez, señor.

— Mas me dijo, porque tu hermano suele decir muchas cosas cuando se resigna á hablar, lo que no sucede siempre: me dijo que en tal caso me hubieras desobedecido. ¿ Es cierto ?

— Señor, V. M. ha hecho bien en hablar de mi muerte antes que de mi desobediencia.

— ¿ Y si hubieras muerto de dolor al recibir la orden ?

— Señor, hubiera sido para mí mucho más penoso desobedecer que morir, y con todo, — añadió el joven inclinando hacia el suelo la pálida frente como ocultar su emoción, — hubiera desobedecido.

El rey cruzó los brazos y miró á Joyeuse.

— ¡ Demonio ! — exclamó de pronto; — se me figura, mi pobre conde, que estás algo loco.

El joven se sonrió tristemente.

— ¡ Oh, señor ! — respondió : — lo estoy del todo, y V. M. no debe tener conmigo la menor consideración.

— Vamos, la cosa es seria, según veo.

Joyeuse ahogó un suspiro.

— Ea; cuéntame eso, sepamos lo que hay.

Del Bouchage hizo un esfuerzo para sonreirse.

— Un gran rey, como vos, señor, no debe rebajarse hasta el punto de oír semejantes confianzas.

— Al contrario, amigo mío; habla, habla, cuéntamelo todo y me distraerás.

— Señor, — contestó el joven con orgullo, — V. M. se equivoca, pues debo asegurar que nada hay en mi tristeza que pueda divertir á un corazón noble.

El rey le cogió la mano diciendo :

— Vamos, vamos, no te enfades, del Bouchage; ya sabes que también tu rey ha experimentado los tormentos de un amor desgraciado.

— Sí, señor, en otro tiempo... ya lo sé.

— Compadezco por lo mismo tus penas.

— ¡ Oh señor ! Esa es demasiada bondad para un rey.

— No por cierto. Escucha; como nada había más alto que yo, excepto el poder de Dios, cuando padecí lo que ahora padeces, nada pudo ayudarme; pero en cuanto á ti, todo lo contrario, porque yo puedo ayudarte.

— ¡ Señor !

— Y por consiguiente, — añadió el rey con

afectuosa tristeza, — también puedo esperar ver terminadas tus penas.

El joven meneó la cabeza en señal de duda.

— Del Bouchage, — dijo Enrique, te aseguro que serás feliz ó dejaré yo de ser rey de Francia.

— ¡ Yo feliz ! ¡ Ah, señor ! Es imposible, — exclamó el joven con una sonrisa que revelaba la indecible amargura de su corazón.

— ¿ Y por qué no ?

— Porque mi felicidad no es de este mundo.

— Enrique, — replicó el rey, — al partir nuestro hermano os ha recomendado á mí como á un amigo, y quiero, ya que no consultáis en vuestros negocios ni la prudencia de vuestro padre, ni la ciencia de vuestro hermano el cardenal, convertirme para vos en hermano mayor : vamos, confiad en mí, instruidme de todo y os aseguro, del Bouchage, que á todo, menos á la muerte, encontrarán remedio mi poder y mi cariño.

— Señor, — contestó el joven arrojándose á los pies del rey, — no me confundáis con tantas pruebas de bondad, á las cuales me es imposible corresponder ; mi desgracia no

tiene remedio, porque constituye mi único placer.

— Del Bouchage, sois un loco, y os mataréis con esas quimeras ; yo soy quien os lo asegura.

— Demasiado lo sé, — respondió el joven con la mayor tranquilidad.

— Pero ; con mil diablos ! — exclamó el rey algo impaciente, — ¿ queréis contraer un matrimonio ? ¿ Deseáis ejercer alguna influencia.

— Señor, deseo inspirar amor, y ya conocéis que nadie en el mundo puede concederme este beneficio : yo solo debo obtenerlo y obtenerlo por mí mismo.

— ¿ Entonces, por qué te desesperas ?

— Porque estoy convencido de que nunca lo lograré.

— Pon los medios, hijo mío, y después me lo dirás. Eres joven, buen mozo y rico. ¿ Qué mujer resiste á esa triple influencia del amor, de la juventud y de la hermosura ? Ninguna, del Bouchage, ninguna.

— ¡ Cuántos en mi lugar bendecirían á V. M. por esa indulgencia excesiva, por esa bondad que me

confunde! Ser amado por un rey como V. M. es casi tanto como ser amado por Dios.

— Es decir que aceptas mis consejos: perfectamente. Nada me cuentes, si te empeñas en ser discreto, pero yo mandaré que se tomen informes y se hagan pesquisas. Ya sabes lo que he hecho por tu hermano, ¿eh? Pues bien, haré otro tanto por ti y no abandonaré mi propósito por cien mil escudos.

— Del Bouchage cogió la mano del rey y la estrechó contra sus labios.

— Pídame V. M. mi sangre, — dijo con exaltación el joven, — y la derramaré hasta la última gota, para probar mi gratitud á una protección que rehusó.

Enrique III volvió las espaldas con disgusto.

— Á la verdad, — murmuró el rey, — estos Joyeuse son más testarudos que los Valois; éste me va á presentar todos los días un rostro lánguido y unas ojeras de difunto: ¡divertido será esto! ¡Cómo se ven ya tantos semblantes alegres en la corte!

— ¡Ah, señor, no os quejaréis por eso! — exclamó el joven. — La fiebre esparcirá sobre

mis mejillas un color sonrosado, y al verme reír, todos creerán que soy el hombre más dichoso del mundo.

— Sí, sí, pero yo creeré todo lo contrario miserable terco, y la seguridad de lo que pasa en ti me entristecerá.

— ¿Permite V. M. que me retire? — preguntó del Bouchage.

— Sí, hijo mío, vete y procura ser hombre.

El joven besó otra vez la mano al rey, saludó á la reina madre, pasó con orgullo por delante de Epernon, y desapareció del gabinete.

No bien hubo traspuesto el umbral de la puerta, cuando gritó el rey:

— Cierra, Nambu.

El ujier á quien iba dirigida esta orden manifestó en la antecámara que el rey no recibía ya.

Entonces se acercó Enrique al duque de Epernon, y tocándole en el hombro le dijo:

— Lavalette, esta noche distribuirás una gratificación á los Cuarenta y Cinco, dándoles licencia por un día y una noche, pues quiero que se diviertan. Por Dios, que me han salvado esos perilla-

nes, ni más ni menos que salvó á Sila su caballo blanco.

— ¡ Os han salvado ! — exclamó Catalina con asombro...

— Sí, madre mía.

— ¿ Salvado de quién ?

— Preguntádselo á de Epernón.

— Os lo pregunto á vos, lo cual me parece más conveniente.

— Pues bien, señora, nuestra muy querida prima, la hermana de vuestro buen amigo el de Guisa... ¡ Oh ! No lo neguéis, es vuestro buen amigo.

Catalina se sonrió como diciendo :

— Nunca acabaré de comprenderme.

El rey vió aquella sonrisa, apretó los labios y prosiguió :

— La hermana de vuestro buen amigo, el de Guisa, me preparó ayer una emboscada.

— ¡ Una emboscada !

— Sí, señora, y estuve expuesto á ser cogido y tal vez asesinado.

— ¿ Por el señor de Guisa ? — preguntó Catalina.

— Supongo que no lo creéis.

— Confieso que no.

— De Epernón, amigo mío, por el amor de Dios, refiere completamente la aventura á la reina madre, pues si yo hablase y ella siguiese encogiéndose de hombros como hasta aquí, me enfadaria, y á la verdad no tengo la salud tan de sobra para tantas incomodidades.

Y volviéndose hacia Catalina, añadió :

— Adiós, señora, adiós ; podéis querer al señor de Guisa cuanto os acomode, pero yo he hecho ya descuartizar al señor de Salcedo, ¿ os acordáis ?

— Sin duda.

— Pues bien, que hagan los Guisas lo que vos ; que no lo olviden.

Dicho esto, se encogió de hombros el rey con más expresión que lo había hecho su madre, y se retiró á sus habitaciones interiores, seguido de maester Love, que tuvo que echar á correr para alcanzarle.